

La vejez no es tener muchos años sino el estado de ánimo

Serafín Fernández Gago

Los emigrantes somos como el águila que nace en la peña y siempre tira para ella, vamos con muchos deseos de prosperar económica y culturalmente. Al principio somos inmigrantes, estar un poco de años en el extranjero y volver a su terruño con un bastante dinero y comprar alguna propiedad, pero es muy difícil ahorrar. Cuando han pasado varios años nos transformamos en emigrantes, ya que hemos decidido formar una familia, integrarnos a este país y tener una patria adoptiva., Algunos volvieron como turistas y otros jamás volvieron y si volvieron fue ya cuando tienen muchos años y sin plata.

Nacimiento

Yo nací en un dormitorio el 29 de abril de 1933 con la ayuda de una comadrona, ya que en ese tiempo no había médicos en el pueblo y todas las parturientas eran asistidas por alguna mujer de edad avanzada que, por tener muchos hijos, poseía conocimiento rudimentario para atar el cordón umbilical. Cuando una mujer paría, era costumbre que los amigos y familiares le regalaran chocolate y vino de quina, como así también gallinas, chorizos y jamones, este hábito tenía el sentido de que la reciente madre se alimentara bien mientras le daba de mamar a su crió. Yo viví mi niñez en ese pueblo de Villadepalos, provincia de León , hasta los 15 años, mi padre se fue a Argentina finales de diciembre de 1935, y mi madre el 18 de julio de 1936, yo tenía 3 años, cuando me quede con mis abuelos Encina y Serafín. Cuando emigraron mis padres dijeron, estamos un par de años en América, juntamos algún dinero y volvemos, pero es muy difícil hacer dinero para volver al lugar donde uno nació, la mayoría de los emigrantes nunca volvieron a su terruño, algunos volvieron, pero viejos y sin dinero. En el año 1936 empezó la Guerra Civil española y después la mundial y no había barcos para ir a la Argentina

donde estaban mis padres, recién a finales de 1948 pude encontrarme con ellos.

Hay recuerdos imborrables

Me acuerdo de un hecho histórico acaecido en Villadepalos. Era el 21 de Julio de 1937, al día siguiente se festejaba la fiesta principal del pueblo “la Magdalena” y en el pueblo se comentaba que venían soldados de Franco o de la Republica, que eran unos forajidos matando a las personas y robando todo lo que encontraban a su paso, que se llevaban a los jóvenes y hombre para la guerra. Por esta razón el abuelo nos llevó a mi prima Albertina y a mí a un pueblo llamado Peón, que está a unos seis kilómetros del otro lado del río, en la montaña. A la tardecita tuvimos que atravesar el río Sil, el abuelo Serafín nos pasó en andas a los dos para que no nos mojáramos, que es muy caudaloso, pero en verano lleva poco agua, esa noche nos dieron de comer un trocito de pan negro y una taza de sopa. La mayoría de los vecinos emprendieron la retirada hacia el lado del monte, quedando en algunas casas unas pocas personas. En la casa de mi abuelo, se quedó la abuela Encina, para cuidarla, en la mayoría de las casas se quedó alguna mujer ya mayor de edad para cuidarla. Cuando volvimos de Peón, a la mañana siguiente, nos encontramos con la abuela y con la feliz noticia que todo seguía en pie, tal cual lo habíamos dejado.

Vivir mi infancia con mis abuelos

Me críe al cobijo de mis abuelos, Serafín y Encina, quienes me cuidaron y me enseñaron las primeras letras en especial el abuelo Serafín que sabía leer y escribir y le gustaba mucho la lectura. Reconozco que mis abuelos fueron mis padres adoptivos, cuantas cosas me enseñaban y si había algo para comer lo primero era para su nieto. Mis abuelos especialmente mi abuelo Serafín están siempre presentes en todos los libros que he escrito, fue el que me sirvió de guía en una parte muy importantísima de mi vida, porque forjo mi infancia y supo suplir la ausencia de mis padres en los primeros años, que son los más importantes de la vida.

Una vez unas mujeres me dijeron: “estos no son tu madre ni tu padre, son tus abuelos”, yo me puse muy triste y a llorar, la abuela Encina, tan dulce y tierna me dijo, “nosotros no somos tus padres, somos tus abuelos”, mi abuela me dijo, “efectivamente yo no soy tu madre pero llámame como quieras”. Madre es un palabra tan tierna que aunque no te entiendan los de afuera, “llámame como quieras, madre o abuela”; yo me puse a llorar, cuando me dijeron que mis padres estaban en América, yo no entendía nada, solo sabía que mis amigos tenían madre, padre y abuelos. Como yo no los tenía lloraba, tanto que a veces llorando la abuela me consolaba; la abuela me decía “no llores que sabe que te queremos mucho”. Yo de niño no me acuerdo que llamara “mamá” o “papá”, porque me dejaron cuando era niño chiquito. Por eso uno cuando no tiene los padres sufre mucho, porque le falta ese cariño, esa falta de todo, porque cuando uno no tiene padres prácticamente es un paria, es una personal que le falta una parte elemental de su vida.

En la casa se advertía cierta pesadumbre, una difusa tristeza, por la falta de mis padres, ya que la falta de un cariño y la ausencia de la clara alegría que da una madre a su hijo, no obstante que mis abuelos me quería mucho, me trataron y me querían mejor que un hijo. Había muchas veces que no teníamos pan y la abuela lo hacía con harina de centeno y de maíz y decía “pan de maíz, pan del diablo, de una miga se hacen cuatro”, y amasaba, amasaba siempre se desparramaba. Constantemente decía: “Mis hijas se fueron a América y nunca más voy a volver a verlas”. Lamentablemente, no se equivocó, falleció a los pocos años de estar yo en Argentina.

De mi abuela Encina, recuerdo que siempre la vi con el cabello recogido en un rodete y tenía el pelo gris, tirando a blanco, con vestido negro y un pañuelo a la cabeza. Si se encontraba enferma esto constituía un motivo de preocupación por su nieto, mas no pensaba en su persona sino en sus seres queridos, cuando el pensamiento de la muerte nublaba sus cavilaciones. Constantemente decía, siempre estaba pensando en su nieto y repitiendo “¿qué será de mi nieto si me muero?”.

Era una persona muy sencilla, no tenida mucha instrucción, pero, tenía un corazón enorme. Sin ir más lejos, haber criado a un nieto, de-

muestra lo que le quería, los abuelos hicieron mucho por mí. La abuela, limpiaba la casa y hacía la comida; ella hacía todos los quehaceres de la casa y en particular la comida que era exquisita. Recuerdo siempre estando en el extranjero el cocido de carne de cerdo, chorizo patatas, repollo y chorizos colorados y algún pedazo de oreja de cerdo, también de la empanada con cebolla, acelga y algún pedacito de tocino, también hacia empanada de acelga, cebolla y chorizo que la llevaba al horno del pueblo a cocinar. Otra comida especial era la sopa de berzas que se comía casi siempre; también había otras sopas como la de fréjoles secos, que se cocinaba con algún hueso de cerdo o tocino que se cocinaban varias horas, a mí no me gustaba mucho, pero cuando hay hambre “no hay pan duro”, hay que comer lo que venga. Una de la comidas que más me gustaban eran los pimientos asados y el botillo, que tenía mucho pimentón, huesos y rabo de cerdo y algún pedazo de carne, se envolvía en un lienzo y también en esa olla se ponía algún chorizo, cocinado con algún pedazo de panceta y no podía falta el típico repollo y los garbanzos.

Ir a la Argentina

Llegó el día tan esperado ir a Argentina, después de tanto sufrimiento de no tener a mis padres a mi lado, llego ese momento tan importante en mi vida. Cuando me fui de España, el 16 de octubre del año 1948, me acompañaron a tomar el tren en la estación de Toral de los Vados que está a 3 kilómetros de mi pueblo, mi abuelo Serafín, varios compañeros de la escuela y mi tío Armando que me llevó a Barcelona donde tomé el barco que se llamaba Juan de Garay. Llegué al puerto de Buenos Aires el 9 de noviembre de 1948, y aquí comenzó mi desarraigo.

El tren paso por el pueblo de Villadepalos silbando en el paso nivel que separa el pueblo de arriba y el de abajo; miré por la ventanilla del tren, las casas, los montes, ya que sabía que me iba, pero no sabía si iba a regresar alguna vez y ver mi tierra. Mi tío Armando, como me vio llorar, me preguntó por qué lloraba si iba a ver a mis padres; le dije que dejaba “a mis abuelos y a todos ustedes que no sabía si los volvería a verlos algún otro día”. No sé si lloraba de tristeza o alegría. Yo nunca había realizado un viaje fuera del pueblo, todos los emigrantes suspira-

mos a nuestra tierra de dónde venimos, es difícil vivir en otro lugar que no es el de donde se nació, pero con el tiempo uno se va adaptando al lugar que adoptó.

En el barco que viaje tenía camarotes para cuatro personas y el baño se encontraba afuera para todos los camarotes de cercanías; viajar solo a ese lugar tan lejano fue muy difícil, ese sufrimiento de estar tantos días en el barco y no conocer a nadie es muy triste, pero con coraje pude encontrarme con mis padres que me estaban esperando desde hacía tantos años.

Yo soy un emigrante que ha venido a esta hermosa tierra, Argentina. Tenía 15 años cuando llegue a este país, vine como vinieron muchos emigrantes, no un una mano atrás y otra adelante: sí vine con pantalón pero sin calzoncillo. Hubo mucha gente que me ayudó; este país maravilloso me dio la oportunidad de desarrollarse personal y culturalmente, por supuesto con mucho sacrificio como hemos hecho y hacen todos los inmigrantes. Como ocurre actualmente que hay muchos argentinos trabajando en España, los emigrantes debemos trabajar, trabajar. Me he radicado definitivamente en esta tierra en la que he formado una familia, que a todos los emigrantes nos acogió sin distinción de razas, ni ideologías, y con la posibilidad de realizarse según nuestra voluntad y circunstancias por las que se pudiera atravesar.

El viaje lo tomé con mucha tranquilidad, cuando subí al barco, vino un señor que era el mozo del barco que era mi tutor, me acompañó a mi camarote, fue difícil y triste el viaje ya que no conocía a nadie, había gente de todas la nacionalidades. Salí de Barcelona, paramos en Cádiz, en Lisboa, Rio de Janeiro, Montevideo y, por último, Buenos Aires.

El reencuentro con mis padres

Cuando llegué a Buenos Aires, a la mañana temprano el encuentro con mis padres fue muy emocionante y traumático, ya que no los conocía, no tenía la confianza de un hijo con sus padres, solamente tenía noticias por la cartas que llegaban con un atraso de siete o más meses, pero no es lo mismo; me faltó una cosa muy importante en la vida de

los niños, cuando un niño llama a su mamá y papá, por eso es muy triste. Hubo una interrupción de confianza entre padres e hijo, es así que cuando uno va creciendo se da cuenta de la falta de cariño de los padres, falta de confianza, uno va transformando su personalidad con los golpes que la vida y trata de sobrellevar esa carga tan pesada, una cosa es emigrar a países de Europa o dentro de España misma y otra a América tan lejana.

Mis padres me recibieron con un cariño enorme, me querían mucho. Cuando llegue a mi casa en La Plata me habían preparado una habitación con una cama, mesita de luz y un escritorio y varios libros. A mi padre le gustaba leer pero había pasado mucho tiempo y esas distancias de tiempo influyeron en mi personalidad, querían que estudiara, pero como todo inmigrante en su mente lo que quiere es ganar dinero rápido y volver con sus padres a su tierra de origen, donde se encontraban mis abuelos, parientes, amigos, lo más pronto posible, ya que es muy difícil que uno no se acuerde de su infancia.

El estudio y el trabajo

Yo en mi caso, comencé a estudiar en la escuela primaria en Argentina en cuarto grado en el año 1949. En el año 1950 me incorporé a la escuela nocturna, yo quería trabajar para ganar dinero, mi padre me dijo “hay que terminar la escuela primaria, porque no toman en ningún lado sin sexto grado” (terminar la escuela primaria). Mi primer trabajo fue de albañil (paleta), pero era muy duro. Después trabajé en un taller donde arreglaban camiones; entré de aprendiz, pero tampoco me gustaba, era muy sucio. Es así que mi padre se enteró que en una herrería de obras donde se hacían puertas y ventanas de hierro, había un concurso para tomar trabajadores en dicha fábrica; me presenté y di examen y me tomaron como empleado administrativo y a otros en el taller. Después, cuando falleció mi padre, entré a trabajar en las oficinas de la empresa de tranvías donde él trabajaba.

Pero seguí siempre estudiando con mucho sacrificio, a partir de ese momento comencé a ser un trabajador de lápiz y papel. Trabajar y estudiar es muy difícil, pero con un poco de inteligencia y constancia

todo se logra. Terminé el primario y di examen para entrar en la escuela secundaria, es muy dificultoso estudiar y trabajar, pero con la inteligencia que tiene cada uno y mucha constancia y sacrificio se llega a lugar donde uno se propone.

Hay muchas cosas que se complican, estaba terminando la escuela secundaria y me había anotado en la Facultad de Ciencias Económicas en la carrera de contador, mi padre se puso muy enfermo. Estando internado en el hospital los médicos nos dijeron a mi tío Juan, que era hermano de mi padre, y a mí que no había solución. Mi padre estaba internado en el hospital, estaba muy grave; en su lecho de muerte le prometí a mi padre que iba a terminar la carrera de contador público; gracias a Dios lo logré también con el apoyo de mi esposa. Mi padre falleció de sarcoma canceroso el 5 de enero de 1958, apenas pudimos vivir 10 años juntos.

Mi padre trabajo durante muchos años en la compañía de tranvías. Cuando él se murió hicimos los trámites para que mi madre cobrara la pensión, pero en aquel entonces los trámites tardaban como dos años, por lo que tuvimos que vivir con el magro sueldo que yo ganaba.

Los inmigrantes y el desarraigo

Los inmigrantes somos personas errantes: ya sabemos que nos vamos pero no sabemos si vamos a regresar a nuestro país de origen algún día, pero volver a quedarse definitivamente en su lugar de origen, se presentan muchas dificultades, ya que ha pasado muchos años desde que uno se fue y todo ha cambiado, y además cuando uno vuelve de viejo y con poca plata es lo peor que le puede ocurrir a un emigrante es volver a realizar un nuevo desarraigo. Los inmigrantes vamos de un país a otro, llevamos una mochila cargada de cosas que estimamos necesarias para poder vivir los primeros tiempos, y otras que son ilusiones y proyectos que tenemos en nuestro cerebro y que tratamos de realizarlos, aunque sea con dolor y sacrificio.

Qué hermoso es volver al pueblo donde un nació, pero cada vez queremos más el lugar donde uno se desarrolló. Hoy cuando ha pasado tanto tiempo y nos separa una distancia que solo con el pensamiento

puede uno franquear, es que recuerdo aquellos días de la niñez, se tiene al terruño en esas “galerías sin fondo del recuerdo” como bien lo ha dicho Antonio Machado. Una de las etapas de la vida, más importante es soñar, pero soñar despierto con relación al futuro que quiere cada uno, son proyectos a largo plazo. Son expresiones, es decir, lo que uno quisiera realizar, pero por muchas circunstancias, algunas veces se frustran y otras se triunfan. Como dijo el gran escritor argentino José Ingenieros, “siempre el hombre debe mirar para adelante, y no tanto para atrás, porque lo que se hizo, ya no puede deshacerse”; también dijo Almafuerte “si te caes 100 veces te levantas y si te caes 1000 también”. Muchas veces me siento cansado, a la tarde o noche me acuesto a dormir, y ahí comienzo a soñar, cosas que me han pasado o no; mi sueño termina con angustia o también con alegría al despertar, sueño que volví a mi pueblo, pero qué va, comencé a ver los problemas que tenía, a adaptarme a la nueva situación, tratar de que mis amigos de antaño me quisieran como tal, pero claro al ser un viejo y anciano con muchos problemas a su cuesta es muy difícil, la mayoría ni se acuerdan de mí, solamente por lo que le han relatado otros de mi edad. Para mí es muy bueno soñar y de cosas que me hacen feliz, recordando tiempos pasados y los futuros que vengan.

El inmigrante nunca olvida su identidad, la mantiene con su acento, sus comidas y transmitiendo a sus hijos los recuerdos de su terruño. Los inmigrantes tenemos dos patrias, donde nacimos y la adoptiva. Nos damos cuenta de lo que le ocurre a un inmigrante es casi idéntico a lo que sucede a un hijo adoptivo, ya que el inmigrante tiene una tierra natal y otra donde vive, la patria de adopción. La comparación es fácil, la mujer que le dio la vida, la madre biológica, y la mujer que lo cría, la madre adoptiva. Esta comparación es muy dolorosa y al mismo tiempo cómo la vida misma; en ambos casos existen nexos muy fuertes, sentidos arraigados, tanto en la palabra “Madre” como la palabra “Patria”. Otro tema es soñar con volver a su tierra, es un anhelo de los inmigrantes, cuando se emigra se trae una pesada mochila con pocas cosas adentro pero que está llena de recuerdos, de temores e ilusiones, pérdidas y miedos. El problema se presenta en el proceso de adaptación, venir de

un lugar distinto, las comidas, las canciones, estas cosas quedaron en su mente cuando emigro, esto implica tristeza y alegría, se percibe por haber emigrado y haber dejado muchas cosas. Los inmigrantes llegamos con una valija llena de ilusiones y con las manos vacías, en plata y en conocimiento, por eso tenemos que trabajar, estudiar y aprender. Debemos buscar también el desarrollo espiritual y cultural para poder avanzar y crecer. Existen muchas dificultades al inmigrante es muy sacrificado ir a otro país, no es sencillo adaptarse, vamos a encontrar muchos escollos, pero hay que tratar de encontrar las soluciones.

Mi adaptación, mi integración fue a través de la escuela, el trabajo y la universidad, como así las distintas asociaciones, clubes, organismos etc., y la construcción de una familia junto a mi mujer, mis hijos y mis nietos. Es muy sacrificado vivir a otro país, no es sencillo adaptarse, hay que explorar y ser capaces que podemos integrarnos a al país donde vivimos. Aparte vamos a encontrar muchas dificultades pero debemos transformar los escollos que se encuentran a nuestro paso y tratar de encontrar las soluciones que queremos conveniente de acuerdo a nuestro criterio. El inmigrante debe hablar, dialogar, conversar con los nativos para poder conocerlos y de esa forma no tener tanto dolor por el desarraigo, ese sufrimiento tan recurrente los inmigrantes no debemos llorar por lo que hicimos o por lo que no hicimos, en la vida tenemos que elegir permanentemente lo que no debemos desconocer los errores que hemos cometido. Cada emigrante vivimos situaciones diferentes, ya sea por su cultura, su edad, su personalidad, y se deban desarrollar actitudes para cumplir con los objetivos propuestos.

El dolor que uno siente cuando está lejos de sus amigos y familiares es muy intenso es conveniente estar contento con uno mismo por lo que está haciendo. Las añoranzas que se vive rememorando el pueblo que cada vez recordamos menos y como el tiempo pasa es así que se diluye con el paso del tiempo, pero a la vejez, viene esos recuerdos de antaño, que lo vemos como si fuera un sueño. El inmigrante llega con su mochila cargada de todas las cosas en su tierra no pudo lograr, pero esperanzado en puede cumplir todos sus proyectos cuando partimos al extranjero, debemos tener confianza, tener una mirada optimista, pensar

cada proyecto que teníamos en el cerebro se van hacer realidad.

Recuerdo que cuando emigre era un chaval tuve que afrontar muchas dificultades, asumir la adultez por que al estar en otro país me tenía que hacer cargo las dificultades que se me presentaba. La nostalgia, ese recuerdo del lugar donde uno nació y vivió, la separación de su familia, pues son algunas las causas de la nueva adaptación como también el sufrimiento. Es muy difícil vivir en extranjero ya que uno vive de un lugar distinto una forma de vida distinta la adaptación de antes de muy distinta de ahora ya que existen otros medios como como el teléfono, internet etc.

Los recuerdos de mi niñez me traen nostalgia al corazón y al espíritu; es pena, dolor, tristeza de verse tan lejos del lugar es muy fuerte la nostalgia que se siente por su tierra de origen, es muy difícil olvidar, las calles y callejuelas donde jugábamos a las escondidas y que tantas veces caminamos, esos lugares de origen que están gravados a fuego en el cerebro. Es muy difícil ignorar que somos de otra tierra, ya que el habla y en las acciones, siempre estamos recordándola, cuantos sueños se han hecho realidad, ya que los inmigrante soñamos y, planificamos nuestro futuro. Muchas veces concurrimos a distintas colectividades, y nos encontramos con nuestro paisano en los clubes gallego, andaluces, asturianos, leoneses, etc., y ahí disfrutamos de las fiestas recordando nuestro terruño, escuchando música vieja de cuando vinimos, por supuesto en esos lugares degustamos esos platos típicos de cada zona.

Volver a visitar mi tierra

Después de muchos años volví en el año 1970 mi pueblo. Cuando me marché dejé Villadepalos con calles de tierra, sin luces en las calles; cuando volví lo encontré totalmente distinto. Soy el mismo que emigró pero no soy el mismo, siendo un chaval y volví siendo ya un hombre con muchos años, empecé a caminar lentamente por un sendero lleno de malezas que había en ellos, de pronto me invade una espesa e inmensa niebla y en ella veo reflejada la figura de mis abuelos; retomo el camino sé que alguien me espera: estos son mis tíos y primos y mi abuelo que tanto me espera, con ellos soñando, más que nunca viviendo

de los recuerdos hermosos de mi niñez. Tal como le había prometido a mi abuelo en varias cartas el 26 de diciembre de 1970, pude viajar en avión, y estar disfrutando los últimos días con mi abuelo Serafín. Después de muchos años estaba en el pueblo y vi salir el sol entre los árboles, volar unos pájaros, esa nostalgia del pasado de esa niñez vivida tan profundamente y el sufrimiento del desarraigo. Estuve con el abuelo, sentados en la cocina, recordando esos hermosos tiempos pasados, la casa estaba tal como cuando yo me fui, con su cocina económica, con sus bancos de madera de castaño. Recorrimos con el abuelo distintos lugares del pueblo, llegamos a los confines del pueblo, donde se reúnen los ríos Sil y Cúa. También caminamos con el abuelo hasta Peón, anduvimos por las montañas, que son bajas, están totalmente cubiertas de robles, encinas, castaños, carrascos y otros arbustos y árboles, frutales como ser apampamos, avellanos.

De Villadepalos después de saludar al abuelo y demás familiares, tome el tren el día 27 de enero de 1971, para Madrid a tomar el avión de regreso a mi patria adoptiva. El abuelo, al saber que yo retornaba a la Argentina, se puso muy enfermo; se enfermó de tristeza al saber que su nieto se había ido, y lamentablemente falleció el 5 de febrero de 1971, él tenía 87 años, evidentemente estaba esperando a su nieto para cambiar de domicilio, se murió de pena.

*En el pueblo de Villadepalos nací,
En la Argentina crecí.
En ese pueblo me he criado,
Y en el otro me he enamorado.
Tengo fe en mi destino
Allí lejos de mi pueblo
En la pampa he de morir.
Allí me tienen que enterrar
Pues así será el destino.
Ya que elegí ese camino
Tuve que atravesar el gran mar
Para encontrarme y poder trabajar.*

*Para poder encontrar un nuevo hogar
Para estudiar y trabajar.
Que hermoso es disfrutar
Después de luchar contra esos elementos
Pero no es el momento de claudicar
Tengo que saborear la miel y no me tengo que quejar*

Lo que narro es lo que viví y sufrí en el pueblo y el desarraigo en el extranjero.